

ALONE

VIDA DE UNA COSA

LA LECTURA de los avisos económicos puede traer grandes complicaciones en la vida. Uno sabe dónde empieza, pero nunca hasta dónde va a llegar.

Hace años confieso que me dejé seducir por los renglones entrecortados, por esos comprimidos de negocios, intereses, deseos y esperanzas que agitan el espíritu y lo llevan desordenadamente como por ferias de fierros viejos, casas de anticuarios o interiores de agencias. Las cosas materiales toman ahí una vida mecánica, parecen desprendidas de su raíz o atraídas para que se suelten, prontas a desencarnarse o reencarnar en nuevos dueños, desconocidos con el rostro cubierto y llenos de supuestos dramas, de pequeñas historias curiosas, incitantes. Ninguna mano ha dispuesto aquello y sólo muestran una vaga orientación hacia el movimiento o un reposo inerte de objeto inútil.

Atraíanme en general todos los avisos; pero, poco a poco, fui deteniéndome de un modo particular en la sección llamada "Compraventa de Propiedades". Estaba de moda entonces adquirir "bienes raíces" con unas sorprendentes facilidades de pago. ¡De cuántas casitas pequeñas, de qué innumerables sitios baratos me sentí propietario y señor, cada mañana! Iba a verlos, sin ánimo de compra. Así lo pensaba. Y me divertía caminar hacia un terreno que no pensaba adquirir, hablar en tono grave, con gentes serias, sobre operaciones puramente imaginarias, sin que ellas pudieran sospechar que estaban algo así como leyendo una novela o conversando con un personaje medio loco.

Los actos, producto de los pensamientos, engendraban esta vez la idea e iban dando forma a un propósito. De tanto leer, de tanto andar, de tantas medidas, tratos, preguntas y cuentas inútiles, prodújoseme al fin una especie de necesidad inconsciente de llegar a los hechos. Los moralistas dicen

que el pecado empieza en el "pensamiento consentido". Yo consentí, implícitamente, sin saberlo, fingiéndolo, en el proyecto de comprar sitio y un buen día encontré que había cerrado trato.

Desde ese momento comenzó a llegar a mi casa, en un viejísimo Ford, alto como una carretela y desgarrado como caballo flaco, un señor moreno, de finos labios apretados, vestido de guardapolvo, como el que usan los despacheros y que demostraba cierto afán por subirse el cuello y cubrir esa parte en que los demás llevan la corbata y que nunca pude verle. Parecía muy culto, con un ímpetu medido; tenía una sonrisa algo afectada y ademanes cautos, prudentes, amables.

Le pedí rebaja, me la concedió, hube de aceptar.

Todo lo demás, diligencias hipotecarias, préstamo en la Caja, revisión de títulos y gabelas, lo hizo él con celeridad maravillosa, como hombre experto y apresurado. Yo no tenía sino que dejarme. Me hizo propietario en un santiamén, como hubiera podido administrarme un sacramento.

¡Ayl demasiado bien lo hubiera podido. El compañero de oficina que me ayudó en tales pasos —en estas situaciones, como en el matrimonio, todo el mundo le ayuda a uno —me dijo un día:

—¿Sabe qué es el vendedor?

—Agricultor supongo: dice que tiene una chacrita...

—Ahora lo será: antes era clérigo.

—¡Clérigo!

—Sí: el señor N...

Lo conté en mi casa y se levantó un coro de exclamaciones despavoridas. ¡El señor N...! Había sido Cura no sé dónde, lo conocían, le habían oído su Misa, se habían confesado con él. Se tapaban la cara. Desde entonces, auguraron mal del sitio.

Sin embargo, no culpo al clérigo. Resultó excelente persona, se portó como un caballero.

No así el sitio.

Había al frente una manzana entera, cuadrada y cerrada, sin edificar. Parecía evidente que ahí brotaría sin tardanza una población de pequeños "chalets" con ventanas amarillas y azules, rejitas de madera o diminutos jardines que valorizarían mucho el barrio; pero jamás sucedió cosa semejante y hasta ahora sólo crecen en esa tierra maldita hierbas chamuscadas, se aplasta un rancho inmundo, ladeado, con piedras sobre el techo y brota, de cuando en cuando, una carpa esporádica y sonora de circo. Nada más.

Vinieron los afanes de la edificación. Resolví tomar iniciativa y levantar

unos boxes que se arrendarían volando. Era el gran negocio del día. Nada de casitas para gente pobre que no paga e inspira una piedad profunda. El que tiene auto tiene con qué arrendar un box.

Nuevamente, lectura de los avisos económicos.

“Casitas y juguetes de madera desarmables”, decía el anuncio de aquel establecimiento yanqui, moderno, dinámico, que fabricaba juguetes y edificios y los mandaba empaquetados, a domicilio. Una maravilla de rapidez.

—¿Cuánto calcula Ud. que...?

—En una semana más estará.

Me pareció un sueño. Otras cosas más debían parecerme sueños.

Tres días después dirigíame a “vigilar los trabajos”. Había en el suelo unos durmientes y algunos palos parados, esqueléticos, tristes. Tragué saliva. Pensé: Estas son las cosas baratas y rápidas. ¡Qué caros costarán los palacios! Observando aquella geometría de enmaderación, noté a un lado un claro de ochenta centímetros.

—¿Y esto?

—Eso... será la entrada.

—¡La entrada de los autos! Pero si por aquí no cabe una bicicleta...

Habían errado las medidas y hubo que variar los planes, perder terreno, estrecharse, angostarse.

Los vecinos se interesaban por la construcción. Uno me advirtió sonriendo:

—Está quedando muy malo.

Remeció la armazón e instintivamente la sujeté.

—¡Hum! con un viento fuerte...

Llevé amigos, entendidos, gente de confianza: parece que era un desastre, no valía la mitad del precio convenido. Reclamé al constructor. Me discutió sabiamente. Insistí. Enfurecióse. Exclamó altivamente:

—¿No le gusta el edificio? ¿Le parece mal? Pues entonces, ¡me lo llevo!

Temblé; aquello era tan desarmable. Le había dado ya las tres cuartas partes de su valor. Le advertí que cuando me lo devolviera podría llevárselo. Repuso, amenazante:

—Veremos.

Acudí a la Comisaría y solicité una vigilancia especial para evitar robos. Tomaron laboriosamente nota, me preguntaron, con acento ritual:

—¿Qué hay dentro de la casa?

—Adentro... Nada.

—¿Y entonces qué van a robarse?

—La casa misma,

—¡La casa! ¡Ud. cree que se van a robar una casa!

No podían entender. Expliqué cómo era posible y lanzaron grandes carcajadas; pero concedieron la vigilancia y yo, todos los días, bien temprano, iba a ver si, como en un cuento de Aladino, aquel edificio no había emigrado durante la noche.

Quedó ahí.

Tal vez habría sido mejor que desapareciera.

El primer arrendatario era un hombre prodigioso que pagaba todos los meses; pero esta luna de miel sólo duró medio año. Parece que se arruinó. Seres así no son de este mundo. Todos los demás hacían malos negocios e invariablemente se hallaban cargados de familia, eran víctimas de un socio, de un hermano, tenían que alimentar padres, madres, hijos y personas "allegadas", sufrían lo indecible. Yo los compadecía y procuraba consolarlos diciéndoles que "no se apuraran". Ellos, naturalmente, no se apuraban. Cada vez bajaba más los cánones. Pura fórmula, por lo demás. No así la deuda, el seguro, los impuestos, las reparaciones, a pesar de las cuales la propiedad desmejoraba a ojos vistas, perdía el color, sobresalíanle por aquí, por allá, huesos punteagudos de tablas, abríansele hoyos en los tabiques y en las puertas, se cubría de una lepra de letreros sucios.

Pero eso no era nada: lo terrible consistía en los esfuerzos que, de cuando en cuando, hacía para animarme a cobrar, en la amargura de "ir a cobrar" el arriendo, en ese camino penoso, pedregoso, llevando la idea de Shylock, la del burgués corrompido, del capitalista inhumano explotador de los pobres que la propaganda universal nos ha infiltrado y que nos tortura. El arrendatario debía de conocermelo en la cara; disminuía de tamaño al verme, sonreía, se cimbraba, ponía cara de resignación. No había comenzado a prometerme con las palabras de siempre: "Esta otra semana, sin falta, tendrá Ud. su dinero" cuando yo, horrorizado contra mi crueldad, decía:

—No se apure Ud. Si comprendo: los negocios están malos... Nadie paga.

Y me iba, haciendo razonamientos interiores: Esto, en último término, lo he adquirido para procurarme satisfacciones. Ahora bien, la mayor satisfacción que puede procurarme, es no cobrar, decirle al pobre que no se apure, dejarlo que respire, que viva. Se lo he dicho. He hecho bien. Pero después sobrevenían los impuestos, los cobros, las cuentas y me indignaba contra mí mismo: Esto es imbécil. Si no cobro es por amor propio, por la estúpida vanidad de pensar que el otro va a considerarme un ser magnánimo y tal vez a decirlo, cuando quedará riéndose por haberme engañado.

Ocurrióme que necesité un pequeño local independiente, donde leer y es-

cribir en paz, sin teléfono, sin campanilla, donde no me llevaran libros, recados ni visitas. Recorría ya los avisos económicos, cuando me dije: Uno de los boxes . . . Así le sacaría alguna utilidad al sitio. Sería yo mismo mi arrendatario, siquiera de una parte. Hice entablar aquello. El maestro sentía gran curiosidad por saber su destinación y mi silencio debía despistarle. Al fin hubo de explicarse el misterio; no dijo nada, pero me miraba con cierta sonrisa. Resultó una especie de cajón o carro de ferrocarril. Excelente. Allí me encerré y creí disfrutarlo. "Pobre es mi celda —pero a veces canta o se lamenta en ella — el universo entero." No era todo el universo: era algo peor, todo el vocerío del local habitado por la familia morosa repercutía allí como en una caja de resonancia: la voz de contralto de la madre, el acento ronco, acometedor del padre, las protestas de inocencia del hijo mayor, los agudos gritos de la chiquillería y un extraño rezongo, ahogado, subterráneo, lejano, de "guagua", sumergíanme en un océano de ruidos disonantes, me balanceaban en un mundo sonoro y agitado, dentro del cual mi habitación vagaba como un submarino o la escafandra de un buzo. La vida entera de la casa me cercaba, enfurecida, y por fin abandoné el campo, en derrota. Esperé los acontecimientos. Al fin el hombre tuvo a bien cambiar de domicilio con toda su gente y juré no tener más arrendatarios. Disfrutaría de mi propiedad; vendería los materiales al mejor postor. Para eso . . . aviso económico. Mientras tanto, había que cuidar aquello; porque los ladrones han adquirido una avidez extraordinaria en los últimos tiempos y no desdennan ni una astilla. Con la escasez de viviendas, ¿qué más sencillo? Cualquiera se contentaría con la casa gratuita. Se la ofrecí a un chofer. Rehusó. Habitaba una casita muy buena y muy barata, tenía allí su pequeño negocio. Me recomendó a otro. Tampoco podía aceptar. Su señora era enferma y estaba edificando una pequeña residencia en la parte alta de la ciudad para tomar clima. Me recomendaría a un tercero. Mientras tanto, yo vigilaba el sitio que al fin me pertenecía y estaba callado, aunque con mala cara. Una tarde, habló. Al fondo, tras una pared demasiado baja, por donde asomaban copas de duraznos verdes, una voz de mujer locuaz subía en el aire, apresurada, transparente: "Este perro . . . aquí se lo pasa el pobre, aburrido. A veces se "pone a jugar solo. Como no ve gente . . . Yo, no más. Cuando llega el patrón se vuelve loco, lo deja inhumano. ¡Ay si lo quiere el patrón! Lo adora —y con acento distinto, más bajo, como quien dice una palabra que "no necesita reforzarse mediante el tono superlativo: —Lo estima . . . El otro "día se puso a ladrar. Estaban empujando la puerta de calle. Salí a ver "quién era; pero antes de abrir se me ocurrió: —Quién sabe si será el carabi-

"nero. Viene a veces a empujar a esa hora. Y yo que no me había ni peinado. Vine, me peiné y salgo. ¡Hijita! Un hombre arrancó como un pescado. Era un ladrón y quería desatornillar las manillas de bronce. Salí detrás de él a gritos... Fíjese, salir yo detrás del ladrón, que si el hombre se vuelve..." Sentí que ya el sitio me había producido algo.

Llegaron después los compradores.

Negociar es una cosa inmundada y desagradable. Hay que hacer todos los esfuerzos posibles para engañar a un individuo que, por su parte, pone todo su empeño en engañarnos a nosotros. En esta lucha, por desgracia, siempre experimento más satisfacción interior cuando me engañan que cuando engaño. Es una mala condición de comerciante.

El maestro que sacó el zinc del techo había trabajado todo el día al sol y estaba cárdeno, abrumado, parecía la estatua de un viejo mendigo moribundo. Por lo demás, hombre razonable, lleno de excelentes ideas:

—"Esos comunistas, señor, creen que no van a trabajar con el comunismo, cuando entonces hasta los mismos ociosos van a tener que hacer algo. Yo, señor, creo que somos los mismos obreros los que tenemos la culpa. Si uno ahorrara cuando está joven; pero nos gusta divertirnos. De puro lesa no compré yo mi casita en Santa Elena. Ahora estoy viejo y me cargué de familia. Tengo siete chiquillos. Por suerte me han salido buenos y quehacer no me falta; pero ahora todo lo que uno gana se lo come. En fin, paciencia..."

Le encargué algunos trabajos. Me pidió treinta y cinco pesos¹. Le ofrecí pagarle en planchas de zinc: él me había visto vender dos en cuarenta pesos. Le regalaría una tercera. Me pidió una cuarta... Hablamos de los malos negocios, de los arrendatarios que se marchan sin pagar, dejan cuentas de agua y de luz, destruyen, cubren las paredes de signos comunistas y de mugre.

—¿Y qué va a hacer aquí?

—Voy a dedicarlo a chacra, maestro.

Se rió.

Trabajó bien el hombre y, al irse, me pidió la mitad de un montón de tablas sobrante.

—Lléveselas todas.

En ese momento, llega uno de los compradores de zinc. Le faltaban algunas planchas y le indiqué al maestro, dueño de las últimas disponibles.

¹ Este artículo que nos cedió gentilmente su autor, data de 1929, cuando el valor de nuestra moneda era inconmensurablemente superior al actual,

—¿Y cuánto valen?

El maestro se irguió, agresivo, transformado:

—Ochenta pesos, ni un cobre menos.

Cuando se marchaba, entre agradecimientos, díjele:

—Cuando se declare el soviet, pues, maestro, Ud. podrá decir que yo no era de los explotadores...

—¡Ay, señor, si todos fueran como Ud.! Ud. es muy bueno. Junto a la carretela y su botín, añade, mirándome, o con un ligero, pero bien perceptible matiz desdeñoso en la voz:

—Por eso es que Ud. no tendrá nunca nada.

Bajando la ruidosa cortina metálica, sentí que el sitio seguía produciéndome, aunque las ganancias no pudieran apuntarse en un libro de cuentas corrientes.

Dime a vagar entre los escombros que aventaba con la imaginación para sembrar pasto verde y poner árboles, enredaderas, sombra apacible y verdoosa, abrigo del aislamiento. Nada capaz de tentar a los rateros nocturnos: unos álamos en derredor y, al centro, hierbabuena, yuyos de dorada cabecita, correvelas celestes, dóciles al viento, esas amapolas que crecen de buena voluntad y dan unas corolas como sangre, despreocupadas.

Llamaron a la puerta. Era el recomendado del recomendado del chofer número dos. ¿Para qué? Ya no había ahí nada que cuidar. Tenía mujer, hijos, haría de comer: no; rehusé terminantemente. El hombre insistía, se elogiaba: —Yo, señor, soy un hombre sin novedad. Tal como me ve. Y repetía que "era un hombre sin novedad", como admirado de que no me resolviera a instalarlo allí, inmediatamente.

Preferí ser yo mismo mi propio arrendatario y guardián, aunque me encadenara al sitio, aunque renunciara a los libres paseos por el mundo. Estaría sujeto a esas cuatro murallas. No iría al sur ni al norte, a la cordillera ni al mar. El sitio me ponía ceño duro, porque lo abandonaba. Lo frecuentaría, lograría dominarlo, amansarlo y le daría dinero para que me sonriera, lo cultivaría a mi modo, lo educaría pacientemente y me daría por feliz si alguna tarde, entre los arbolitos plantados por mi mano, algún pájaro se dignaba dejar los jardines opulentos y detenerse a reposar un instante en ese rincón abandonado y darme unas dos o tres notas de su canto.